

CONTRABANDO

El Viejo Problema

A los 5 meses exactos del golpe militar, entre cuyos anunciados propósitos moralizadores figuraba la erradicación del contrabando, esta reprobable lacra se convertía, súbitamente, en un problema de Estado. Era el propio general Batista quien informaba a su Consejo de Ministros que "las acusaciones que aparecen en la prensa y las declaraciones de líderes obreros sobre los contrabandos tienen que investigarse plenamente, porque el gobierno no puede consentir que se le esté acusando de hechos a los cuales no sólo es ajeno, sino que está decidido a exterminarlos, cualesquiera que sean los medios que haya que emplear con esa finalidad".

En realidad, lucía como si fuera menor la preocupación por la existencia del tráfico ilegal que la irritación por las constantes denuncias y protestas que ponían en entredicho la actitud del régimen de facto para cumplir su promesa de saneamiento administrativo. De ahí que los titulares de Comunicaciones y Hacienda se apresuraran a desmentir los pronunciamientos de los trabajadores, atribuyéndolos a objetivos demagógicos y políticos. Explicaba Marino López Blanco:

—La baja recaudación en el renglón de tejidos se debe exclusivamente a que el mercado está sobreadabastecido por la cantidad de mercadería que entraron antes de la aplicación de las tarifas acordadas en Torquay...

El ministro de Trabajo, Portocarrero, que recibía a diario el impacto de los sectores afectados, aventuró una opinión discrepante:

—Bueno, yo debo hacer constar que no son solamente los obreros, sino también los industriales, los que me han traído sus quejas.

En definitiva se acordó designar una comisión investigadora, integrada por el ministro de Comercio, el magnate textilero y consultivo, Burke Hedges, el director general de Aduanas, Mario Valdés Mora, el presidente del Fondo Textil, Ramón Barcia, y el director de Trabajo, Andrés Soberón. Los comisionados, a instancias del jefe del Estado, debían realizar las gestiones pertinentes para que los cuerpos policíacos lograran de los periodistas y líderes proletarios que venían denunciando el contrabando todos los datos que tuvieran a su alcance, a fin de actuar en consecuencia.

Que la campaña contra el contrabando no estaba matizada de opo-

sicionismo político o demagogia sindical lo evidenciaba la cálida acogida que tuvo en la prensa el acuerdo del Consejo de Ministros. Una publicación tan conservadora como Diario de la Marina producía unos comentarios significativos:

—En más de una ocasión hemos señalado, desde estas mismas páginas, la existencia de una corriente de contrabando por las aduanas de la República... En ningún momento hemos dejado de llamar la atención de las autoridades hacia los graves perjuicios que este mal, perfectamente sistematizado, irroga a los más legítimos sectores de la economía nacional...

Por su parte, El Mundo, en uno de sus editoriales:

—La industria nacional de tejidos está, desde hace mucho tiempo, preocupada por la competencia desleal que significa el vender géneros exóticos introducidos en los mercados cubanos sin pagar los derechos aduanales, de manera fraudulenta... Se han perpetrado, en efecto, contrabandos de gran volumen en los pasados años, los cuales, en buena parte, han sido responsables de las crisis textiles. Con escándalo fueron descubiertos hace tiempo algunas de estas turbias operaciones que revelaban la regularidad con la que se hacían, al resguardo de inconcebibles negligencias o complicidades... Mas, por lo visto, los vicios y corruptelas están demasiado arraigados y, a pesar de la diligente intervención de los nuevos inspectores, los contrabandos continúan.

Las medidas oficiales eran recibidas con escepticismo por los obreros. Después de varios años de lucha contra el contrabando, sin resultado positivo, los trabajadores eran proclives a la desconfianza. Aunque felicitaban al gobierno por el nombramiento de la referida comisión, traducían sus reservas en forma tajante.

Lamentablemente —declaraban—, las medidas acordadas por el gobierno son de carácter puramente simbólico y no llegan a la raíz del mal, primero, porque en este país el 40% de los cubanos sabemos quienes son los que están haciendo negocio de contrabando, por lo que resulta innecesaria esa comisión investigadora, y porque las personas que la componen son todos funcionarios del gobierno y sería raro que tuvieran el valor de desentrañar y poner ante la opinión pública este escandaloso negocio del contrabando...

No obstante, así los patronos como los obreros textiles abrían una carta de crédito al nuevo ré-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

gimen con vista de sus promesas de rectificación administrativa. Ciertamente, de entrada, habían sido suprimidos los inspectores auxiliares, pero bastó una breve entrevista con el ministro López Blanco para que éste ordenara al director de Aduanas que extendiera nuevas credenciales. Sólo que cuando los así habilitados comparecieron a ocupar sus puestos recibieron una desagradable sorpresa: el administrador de la aduana habanera, Carlos Fernández, los vetaba. Al día siguiente, concurrían con sus quejas ante el rector de las Finanzas, quien cortó en seco las protestas:

—Hemos decidido que en este gobierno no hacen falta fiscalizadores. Somos absolutamente honrados.

Coincidiendo con la supresión de los inspectores, otra vez comenzaban a proliferar en el mercado, tejidos americanos de dudosa procedencia, y los dineros del Fondo Textil iniciaron un descenso en picada que parecía conducirlos a su quiebra total. En efecto, en enero del presente año sus recaudaciones alcanzaban los 233 mil pesos; en febrero, 358 mil, y en marzo, eliminados temporalmente los usufructuarios del tráfico ilícito, la cifra se elevaba casi hasta 400 mil. Pero ya en mayo surgía la peligrosa curva descendente, con sólo 310 mil; en junio, 210 mil, y en julio, un nuevo

record mínimo, 158 mil pesos, que con ser tan poco, superaban los estimados para el mes de agosto en curso.

El Fondo estaba al borde de un colapso. Es decir, se agotarían los subsidios y la compensación salarial. En resumen, desplazamientos al por mayor, reducción de jornales, cierre de fábricas, hambre...

El jueves 7, a las 6 de la tarde, se reunían en el edificio del Fondo Textil, en el antiguo palacete del general Menocal en la calle Paseo, del Vedado, los directores del organismo para discutir la difícil situación creada con la caída vertical de las recaudaciones. Jimmy Hedges, de la Rayonera de Matanzas; el doctor Pedro Villoldo, de la Textilera Ariguanabo; el abogado Wifredo H. Brito; el delegado de los importadores, Rafart; el presidente del FT, Ramón Barcia; Pascasio Línaras por los obreros, y el ministro Portocarrero exhibían sus caras preocupadas, mientras revisaban los cuadros y cifras estadísticas.

Brito fué el primero en romper el tenso silencio abrumado de pesimismo:

—Todos sabemos —dijo— que la situación que viene confrontando la industria nacional de tejidos es la más grave desde el año de 1949 y nadie ignora que todo ello es una consecuencia del contrabando.

Villoldo, por su parte, pintó con

los colores más sombríos las perspectivas inmediatas del gran centro industrial de Cayo La Rosa. Según informó, la Ariguanabo tenía más de un millón de pesos en mercaderías almacenadas, sin salida posible debido a la saturación del mercado. La empresa se veía precisada a realizar radicales economías, decretando centenares de excedencias.

—Si esto no se arregla rápidamente —concluyó—, vamos a tener que cerrar la fábrica.

Como, a juicio de todos, la crisis del Fondo no era otra cosa que la consecuencia directa del auge del contrabando de tejidos, a poco este era el tema a debate, minuciosamente analizado. Hedges, con su peculiar acento norteamericano, se encargó de ofrecer algunos detalles inéditos.

—Existen algunos expresos aéreos que mantienen comunicación constante con el consulado de Cuba en Miami, afirmó. Cuando llegan los aviones a Columbia y descargan los bultos sin contratiempo, inmediatamente avisan al consulado y allá rompen los documentos que previsoramente tienen preparados, y los aparatos se consideran como si hubieran llegado en lastre...

Y como para suavizar lo dicho, con gesto inhibitorio:

—Yo no quiero significar que el cónsul tenga nada que ver con estos manejos... Tal vez se trata de algunos funcionarios subalternos.

24 horas después, más de mil textileros, reunidos en el Palacio de los Trabajadores, acordaban una demostración de protesta para el día 14, frente al ministerio del Trabajo. Las esferas oficiales acogieron desfavorablemente el anuncio y, para sorpresa de los interesados, era el mismo rector de la CTC, Eusebio Mujal, quien actuaba para frustrar el paro y la manifestación. Ante la resistencia proletaria, optó por conducirlos ante Portocarrero.

Allí, Línaras expuso sus razones:

—Mire, ministro, no es la primera vez que los trabajadores organizamos desfiles de esta naturaleza. No veo motivo para tan exagerada alarma. Se trata, simplemente, de una demostración para dejar constancia de nuestra unidad y nuestra lucha...

Alegato inútil. Detrás del propósito de los textileros, el recelo gubernativo contemplaba una conjura tenebrosa, algo así como una "semana sangrienta".

—La verdad es —explicó Portocarrero—, que ese desfile de ustedes, el día 14, intercalado entre 2 fechas tan significativas como las del 12 y 16 de agosto, luce un poco sospechoso. Hay indicios de que los opositoristas están proyectando una serie coordinada de actos de calle, algaradas y desórdenes. Por eso, la Policía y el Ejército de ninguna manera van a permitirles llegar al ministerio.

Y en tono conciliador:

—Figúrense ustedes, si pasa algo y se producen choques, tendré que renunciar inmediatamente. ¡A lo mejor nombran a otro que no conozca sus problemas ni esté tan dispuesto como yo a ayudarlos!

A cambio de suspender el paro, Portocarrero prometió convocar a una mesa redonda de todos los factores de la industria, a fin de discutir tan difícil situación, la que se celebró el lunes anterior, a las 9 de la noche. Fueron 4 horas de estéril verbalismo, sin que apuntara ninguna solución definitiva y estable. Hasta el candente asunto del contrabando fué abordado con un

elegante eufemismo. Dijo uno de los Hedges:

—...Hay que tener en cuenta también como otra razón de la crisis la probada ineficacia de las normas administrativas aduanales. En el último año, las importaciones de tejidos norteamericanos a Cuba alcanzaron nada menos que 60 millones de pesos.

Y Morejón, aprovechando la coyuntura:

—En ese caso, el Fondo debería haber recaudado por concepto del 6% \$3.600,000.00, y yo creo que no llega a esa cifra.

El presidente del Fondo, Barcia, después de revisar sus papeles, confirmó la sospecha del dirigente del sindicato de Ariguanabo.

—En efecto, el año pasado sólo recaudó \$2.700,000.00.

—Esa diferencia es consecuencia del contrabando que la Federación ha venido denunciando y contra el cual nada se está haciendo.

Pero, a juzgar por lo que ocurría, el tráfico ilegal se estaba convirtiendo en un tema tabú, cuyo tratamiento todos procuraban rehuir discretamente, porque allí mismo terminó la reunión, sin otro acuerdo positivo que el de mantener el status del Fondo de Subsidio, mediante un préstamo de medio millón de pesos tomado de la Caja de Retiro.

La realidad al empezar la semana era esta: 5 fábricas estaban paralizadas; otras 10 trabajaban a menos del 50% de su capacidad y no menos de 2,300 obreros se hallaban sin empleo. Hasta la poderosa Textilera Ariguanabo desplazaba de una sola vez a 273 de sus trabajadores y advertía la posibilidad de un cierre total. En cuanto a los patronos henequeneros, planteaban una rebaja del 55% de los salarios.

Behemia, marzo 29/53



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

ORIGINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA.